

sin esa aureola de tabú que le ha tejido cierto sector de la sociedad chilena. Es el Portales que conocíamos, el que fué, el que continúa siendo.—ARTURO TRONCOSO.

LA NATURALEZA EN LA OBRA DE DIOMEDES DE PEREYRA

Poco han hecho los escritores continentales para dar a conocer a nuestra América selvática. Fuera de los relatos de siglos anteriores dejados por viajeros europeos en su mayor parte, y los de algunos contados autores modernos sudamericanos, la alucinación geográfica de selvas, ríos y montañas, ha seguido ausente de toda interpretación en ensayos, cuentos y novelas. Hemos preferido las gastadas rutas occidentales, donde los creadores del «espíritu planetario» han convertido el viaje actual en la ilustración mecánica y cinematográfica del mundo. Llegan por aire, tierra y mar, en presurosos periplos buscando esta América virgen, sin ganar a su alma profunda, conturbada de misterios; los relatos de esos escritores viajeros viven de la apariencia, de un estilo, de una manera de hacer; pero sin ese carácter profundo de creación literaria, sin pretexto de sensación de arte y menos de confrontación de civilizaciones, que practicaban los autores de la buena tradición, aunque fuesen en pequeñas etapas de viajes.

Así hemos empezado a ser «descubiertos» y revelados por una literatura de lugares comunes, en medio de nuestra indiferencia, dejándonos también influenciar por ese «espíritu planetario», de superficie, que tiende a tornar el mundo moderno hacia un desolador aspecto de uniformidad, haciendo perder a los hombres todo lo que los diferencia y caracteriza todavía.

De aquí que nos sorprenda una novela de la calidad de «El Valle del Sol», obra de gran conciencia del sentido del viaje, y que su autor llama con acierto «la novela de la naturaleza», porque lo es, y muy auténtica, para los que han logrado asomarse a ella, adentrándose con el arte de viajar de los antiguos. Sólo

así podremos comprender el impulso y la atmósfera de este vigoroso relato que se desarrolla en parajes donde no alcanzan a llegar las sugerencias de la Agencia Cook y sus procedimientos.

Diómedes de Pereyra, autor de «El Valle del Sol», trae su sangre acunada en las zonas exuberantes de Cochabamba, y se ha nutrido, en el seno de Pachacamac, de sus raíces, de su lengua materna y de sus imágenes opulentas. Trae este temple de alma nativa para penetrar ese mundo amazónico que se defiende agresivo con sus prodigios, descifrando arcanos y mitos. Asistimos en la novela al gran espectáculo de la naturaleza salvaje de nuestra América, como algo mágico, descrito con fidelidad impresionante, en estilo claro y sobrio, oyendo el rumor de los asaltos indios, de las tormentas fragorosas, de las fieras solapadas y de las serpientes asechantes, entre el embrujo enervador de los crepúsculos de oro mattogrosenses. Siéntese la atracción de los ríos mansos, como lagos azules, y de cuyas doradas aguas el hombre se abstiene, en medio de sus penurias, porque sabe que sería pasto de las pirañas. Hay una fuerza misteriosa que empuja a proseguir el camino, a pesar del miedo a lo desconocido y que fluye por toda la obra como un hechizo.

El autor logra precisar las angustias del hombre civilizado, afecto al bullicio de las grandes ciudades, cuando se encuentra cara a cara con la majestuosa melancolía amazónica. Pero primará más en él la filtración atávica española, esa mezcla subyugadora de lo épico con lo utilitario, y que lo lleva, inexorablemente, al infierno verde donde reina Caépora, el espíritu implacable de los bosques vírgenes.

La existencia de un país del oro, nuevo El Dorado, en regiones desconocidas por el blanco, al occidente del río Madera, impulsa a la aventura a dos ingenieros, que entran por el Brasil, comisionados por una compañía minera de los Estados Unidos. Uno es boliviano y el otro es español. Ambos actuarán en el drama, junto al autóctono, en las dos etapas de su evolución: uno en estado primitivo y el otro ya contaminado por la civili-

zación. Los dos desarrollan sus cualidades instintivas de guías preparando a los aventureros a la lenta absorción de aquella naturaleza indomable que determina la reducción de las almas inmigrantes, después de deletéreos combates por su reacomodación con los nuevos contenidos anímicos.

En la segunda parte de la novela, el espíritu prende el sentido de la belleza, al traspasar el Sagrario del Sol, y comienza el poema alucinante de la nueva fe panteísta. Es la mitología aborígen entregada a la emotividad creadora, cuya concepción original constituye una perspectiva segura de la modalidad espiritual que se encarnará en la novelística sudamericana. Todo lo que la civilización incaica dejó fluir de sus indios y de sus piedras monumentales vuelve a continuar, no sólo en sabiduría de arqueólogo, sino a unir los siglos por la vital acción del poeta.

Considerada objetivamente «El Valle del Sol» refleja la impresión de una obra básica en nuestra literatura selvática, rica en observaciones de aquel «laboratorio de la vida» como consideraba uno de los protagonistas a la floresta virgen.

Entre los dos aventureros, es el español el que va a triunfar sobre el sudamericano, por su contextura heroica, plena de sentimiento épico. Es todo un símbolo, aunque no de una América que se rinde, sino de una mayor compenetración con el sentido de la cultura germinal del continente, cultura autóctona en sus formas y contenidos, por cuanto finca en lo hondo de la naturaleza aborígen. —SADY ZAÑARTU.

UN NUEVO AUTOR DRAMÁTICO,

Ninguna forma de arte literario debe ser acogida en México con mayor atención que la poesía dramática. El teatro no es nuestro fuerte, no lo fué jamás. Si contamos con buenos poetas líricos y ensayistas, si la novela, cultivada ya en nuestro siglo XIX con una ingenuidad prolija y siguiendo, casi siempre modelos de segundo orden, empieza a cobrar nuevos bríos en